

preciosos del hombre en sociedad, error que produjo el aspiramiento, origen de todas las plagas que nos han devorado.

Consumada la independencia de las colonias españolas, la Europa aplaudió el grande suceso, ya porque en el nuevo país veía un campo vasto para descargarse de su excesiva población, ya porque consideró á las recientes naciones como un amplio mercado para el expendio de sus manufacturas; pero nosotros no protegiendo el primero de estos conatos, cometimos una falta que hemos pagado caro.

Encerrados dentro del círculo de una mezquina y torpe política, solo pensamos en los adelantos personales sin ocuparnos de las mejoras públicas: y tal manejo uniforme en todas las colonias emancipadas, en todas produjo los mismos resultados. México erigió un trono efímero, cuyo gobierno, alentando á la pseudo-aristocracia colonial, hizo vacilar los anhelos democráticos de todo pueblo que se liberta de la férula de un monarca: esa divergencia de opiniones creó los partidos, que mas tarde abortaron la anarquía: y para complemento de desgracia, un emisario acomodaticio y astuto, enviado á observarnos por nuestros vecinos, caracterizado después con el nombramiento de agente diplomático, aprovechando las circunstancias de nuestra difícil posición, y abusando de nuestra inexperiencia, derramó la semilla del desorden que á los veintitres años dió el fruto que hoy recogen nuestros émulos.

Cuando la emancipación de México, ya España habia enagenado la Florida y concedido á Texas terrenos para que los americanos fundaran una colonia: parece que un vértigo mental se habia apoderado de nuestra antigua metrópoli, ó quizá conociendo su impotencia para conservar sus colonias, poco le importaba desmembrarlas; ello fué que desde el punto en que Austin trajo á nuestra frontera á sus aventureros, debió México considerar en peligro aquel territorio.

Este juicio no es nuevo en mí: recuerdo que en 1828, siendo yo ministro de la guerra bajo el gobierno del general Victoria, dispuse una expedición sobre Texas; el objeto de esa expedición era vigorizar la acción de nuestro gobierno en aquella frontera, aumentando la población mexicana, y ase-

gurando las posiciones militares. Cuatro mil infantes que iban por mar, y mil caballos por tierra, formaban el total de las tropas; el general D. Manuel Rincon las conducia, y todo estaba ya en movimiento y parte de la infantería embarcada, cuando los conatos de una de nuestras interminables revueltas todo lo frustró: el general Rarragan, gobernador del Estado de Veracruz y residente entonces en aquella plaza, dió vehementes sospechas al gobierno de querer insurreccionar las tropas expedicionarias, y fué preciso dispersarlas. Hago memoria que al dar cuenta de este suceso en un folleto que publiqué en Nueva Orleans en 1831, concluí con estas ó semejantes frases: «así remató la expedición sobre Texas, cuya colonia algun dia causará graves cuidados á la República.»

Y á fé que muy pronto se cumplió el vaticinio; pues que en 1835 fué ya preciso marchar sobre la colonia con la fuerza armada; pero ¿para qué referir hechos demasiado sabidos por nuestros contemporáneos? La completa derrota de nuestro ejército en San Jacinto, terminó la campaña y sancionó la pérdida de Texas. Si por mí hubiera sido, desde aquel funesto descalabro hubiera cortado la cuestión tomando un partido cualquiera, acerca del territorio contestado; pero nuestras preocupaciones prevalecieron, y la guerra de Texas quedó de pretexto para que los gobiernos sucesivos encubrieran su política y cargaran á la nación de exacciones, así como á los partidos, para cohonestar sus intentonas.

Fácil fué desde entonces traslucir que la empresa de los texanos estaba sostenida por una protección oculta y poderosa, y que esa protección no pararia en separar un terreno despoblado para erigir en él una nación independiente; y de este convencimiento nació mi decisión por la paz tan luego que la Inglaterra y la Francia se ofrecieron por garantes de la nueva república. Quise con ese paso evitar la guerra (á lo menos mientras nos reponiamos de nuestras quiebras) con los Estados Unidos del Norte, guerra que nos era imposible sostener con ventaja; pero este noble deseo de un buen ciudadano, me originó una persecución de dictorios.... Los periódicos pagados por ciertas gentes en 1845 llegaron hasta lla-

marme ¡¡traidor!! y delatarme ante la nacion como un infame vendido ¡¡¡al oro extranjero!!! Yo perdono esos denuestos, y desprecio esa calumnia con tanta mas facilidad, cuanto que mi conciencia me dice que no los he merecido.

Y como las facciones buscan siempre motivos para zaherirse recíprocamente, la paz ó la guerra se volvieron entre nosotros el origen de mútuas y bien insensatas recriminaciones. Los mexicanos pensadores, al tratar de esta vital cuestion se dividieron, como era natural, opinando unos por la guerra y otros por la paz; yo respeté ambas opiniones y aprovecho la ocasion que se me presenta para manifestar las razones de esa conducta.

Creo que aquel que se encuentre en las circunstancias que yo me hallo, debe ser justo en su proceder, franco y sincero en sus explicaciones. En este lugar augusto las tergiversaciones y aun las reticencias serian un crimen, y mucho mas punible en un hombre que, como yo, tocara ya el término de su existencia. Ningun empacho siento al decir delante de esta respetable asamblea, que mas que nadie he cambiado de opinion acerca del negocio que nos ocupa; yo he estado muchas veces decidido por la paz, y otras tantas por la guerra; y esta confesion paladina de mi versatilidad no me ruboriza.

¿Qué es la opinion? La opinion es, cuando no el juicio mismo, un resultado inmediato de él; así como el juicio no es otra cosa que el producto de las ideas recibidas y comparadas; y como las ideas derivan de las sensaciones, y estas no dependen de la voluntad, se infiere por una consecuencia muy lógica, que la opinion es un acto forzoso del entendimiento é independiente de la voluntad. ¿Qué cargo, pues, podrá hacerse racionalmente á un hombre que piensa de tal ó cual manera, siendo su juicio un efecto de las nociones adquiridas y frecuentemente eventuales? De esta, que no es teoría, sino observacion que puede hacer todo el que examine las operaciones de su inteligencia, resulta que la tolerancia de la opinion es un acto de justicia; porque nadie puede ser responsable y menos delincuente por actos que no están sometidos al imperio de su albedrío: y hé aquí las causas por qué personas recomendables y dignas han sostenido ópuestas opi-

niones acerca de la paz ó de la guerra; yo respeto á esos dignos ciudadanos, al paso que execro y detesto á algunos miserables que por miras siniestras se han adherido á una ó á otra de las dos opiniones, segun ha convenido á su criminal egoismo; esos tales son indignos de pertenecernos, y harian bien ausentándose de nuestra sociedad, en purgarla de su ominosa influencia. ¿Quién de nosotros no conoce á esos malvados, que en su furor han exclamado con la apasionada Dido: "*Flectere si nequeo superos Acheronta movebo.*" Si no logro interesar á los dioses en mi favor, moveré los infiernos.

Decia poco há haber fluctuado entre la paz y la guerra; y en efecto, cuando el gobierno americano, por una artimaña política, hizo que Texas se declarara parte integrante de los Estados Unidos del Norte, el sentimiento de indignacion por el ultraje que se nos hacia me determinó por la guerra; pasado aquel natural arrebató, examiné friamente nuestro estado político, militar y pecuniario, y temblé por las consecuencias de una lucha tan desigual; esperé, sin embargo, que la Inglaterra se opondria al inmenso engrandecimiento de su rival, para inclinarme en ese caso á la guerra; pero la Gran Bretaña, bien por su situacion del momento, bien por consideraciones de otro órden, nos abandonó, sacrificando quizá su porvenir á la actualidad, y entonces me decidí por la paz; pero por una paz honrosa cual estaba propalada; á cuyo fin, y para hacernos respetar, nuestras tropas tenian órden de ocupar la ribera izquierda del Rio Bravo.

Mas en esa solemne circunstancia un general de execranda memoria, pérfido, cobarde y traidor, epítetos con que otra vez justamente lo he calificado en el augusto senado, retrocedió sobre la capital, derribó al gobierno para suplantarle, y no contento con su atentado, que abria el paso á los invasores, fatuo y arrogante mandó á nuestras tropas pasar el Rio Bravo, y expuso la suerte de la nacion á los azares de una batalla: esa batalla se perdió á pesar de los heroicos esfuerzos del general que la mandó, y á quien los mismos enemigos le tributan el honor que logró merecer; y desde ese momento quedamos por el norte de nuestra República á merced del vencedor.

Después de ese desastre se siguieron mil y mil; nuestro litoral fué ocupado, nuestra plaza de Veracruz fue tomada, y la invasión marchó triunfante sobre la capital de la República; en ésta debió el enemigo haber recibido una severa lección; pero... ¿para qué recordar sucesos lamentables, que ya por consumados pertenecen á la historia? Sin embargo, México sucumbió con honor; porque honor es morir en defensa de la patria, y nuestros buenos ciudadanos y algunas tropas que tuvieron á su frente buenos jefes y oficiales, regaron con su sangre el campo antes que el enemigo lo ocupara. Dícese que México pudo salvarse; y si así fué, la posteridad dará á los que pudieron hacerlo, y no lo hicieron, el lugar que les corresponda.

La ocupación de la capital ofreció una crisis; los enemigos debían decidirse á rematar su empresa, y los mexicanos á tomar un partido: nuestro ejército disperso, nuestro material de guerra perdido, nuestros arbitrios pecuniarios agotados, no dejaban otro recurso que el de continuar la campaña por medio de guerrillas y por una insurrección general, las guerrillas nunca se organizaron; y los que emprendieron esa suerte de hostilidad se convirtieron en cuadrillas de salteadores; la nación, por otra parte, vió con indolencia ó con despecho lo sucedido, y se mantuvo inerte. ¿Cómo es, se preguntará, que un pueblo que por conquistar su independencia luchó once años con valentía y heroísmo, aunque indisciplinado é inerte, en la ocasión se ha manifestado pasivo? La explicación de este fenómeno moral no me parece difícil.

Las naciones que se lanzan á una insurrección universal, sufren toda especie de calamidades; pasado el movimiento reaccionario se hace sentir el cansancio consiguiente á los extraordinarios esfuerzos impendidos, y queda viva la memoria de los enormes sacrificios que ha costado la empresa; de ahí es que una misma generación jamás intenta una segunda independencia en masa. La Francia en 793 se alzó contra la tiranía, y decidida y denodada resistió á las fuerzas de toda la Europa coligada contra ella; pues bien, esa misma Francia en 814 vió ocupada su capital por los cosacos, y permaneció pasiva en la presencia de sus dominadores. La

España en 808 se levantó irritada contra la invasión del emperador de los franceses; desafió el poder del más fuerte conquistador que ha aparecido sobre la tierra; sufrió inauditos males en la guerra á muerte que sostuvo; la pérdida de frecuentes batallas no la arredró, y su heroísmo llegó á términos de que algún día aparecerá fabuloso en la historia. Pues bien, esa misma España en 823 se portó indiferente con el ejército de conscriptos acaudillados por el pacífico duque de Angulema, quien sin disparar un tiro atravesó la península hasta posesionarse de Cádiz. La Grecia... pero para qué acumular ejemplares inútiles? Las naciones son invencibles cuando decidida y uniformemente aspiran á un fin: entonces de nada necesitan más que de sí mismas, y su fuerte voluntad sobrepaja y vence todos los obstáculos. Tal es el carácter de todos los pueblos, sin que en esto haya excepciones esenciales; el pueblo más cobarde, cuando es ofendido en aquello que finca su decoro ó su orgullo, es decir, cuando sus pasiones se exaltan hasta convertirse en fanatismo político ó religioso, es irresistible: sin esta condición un pueblo no es otra cosa que una reunión de personas que vegetan.

De este modo se comprenden esas diversas alternativas por las que han pasado todas las naciones; ellas han sido vencedoras ó vencidas, según las causas que han influido en su estado normal; no hay, pues, que despecharse hasta el exceso, por lo que nos ha sucedido; ¿somos acaso el solo ejemplar de una causa nacional? Si el honor se salva y si aprovechamos la dura lección recibida, procediendo con juicio y cordura en lo sucesivo, la pérdida quedará reducida á una grande superficie de tierra y nada más. ¡¡Pero los insultos sufridos!! ¡Ah! esos insultos es la moneda común con que trafican los fuertes con los débiles; seamos fuertes, y la fortuna se nos manifestará obsequiosa.

Insistese en declamar contra lo ejecutado, indicando lo que debiera haberse hecho. Tal vez hubo error en las operaciones; quizá habiendo obrado de otro modo el resultado nos hubiera sido favorable; pero ¿quién es capaz de combinar con seguridad las eventualidades? Es tan difícil saber lo que habría acontecido puestas tales ó cuales circunstancias, como acer-

tar con lo que sucederá, presuponiendo tales ó cuales condiciones. Si el juicio humano es falible en lo presente, ¿de qué valor serán sus conjeturas en lo pasado ó en lo futuro?

¿Qué nos importaría inferir lo que no sucedió? Lo interesante es vislumbrar lo que nos puede suceder, para arreglar prudentemente nuestra conducta sucesiva. Por otra parte, el senado va á fallar despues de hechos consumados: su punto de partida es la actualidad de las cosas, y nada tiene que ocuparse de la pretericion: tenemos á la vista un tratado, y acerca de su conveniencia ó inconveniencia debemos emitir nuestro voto.

Presentada así la cuestion, examinaré ligeramente las razones que hay para la paz y las que se alegan para la guerra. He notado que los que opinan por la guerra, mas bien se dirigen á irritar el sentimiento que á catequizar la razon; el recuerdo de la injusticia, del doblez y de la felonía, y la exposicion de los ultrajes, son cosas que nada deben influir en la resolucion, cuando los medios de represalia son ineficaces: toda invasion lleva consigo ese cortejo de ofensas; pero el resentimiento sin la fuerza, no es el medio de vengarlas: los motivos de conveniencia y las probabilidades del buen éxito, es todo lo que debe determinarlos; examinemos, pues, esos motivos.

Se ha dicho por alguno de los señores que me han precedido en la palabra, que si continuamos la guerra, alguna nacion reclamaria por el atropellamiento que se nos ha hecho; que el enemigo no podria soportar los crecidos gastos de una campaña indefinida; que el partido de la paz de los Estados-Unidos prevaleceria sobre el de la guerra: que el futuro presidente de aquella nacion, que se supone lo será el ilustre Clay, nos volverá el territorio demandado; y que nuestra nacion, en fin, podrá despertar del letargo: á esto están reducidas las razones alegadas de conveniencia.

A lo primero, respondo: que las masas de hombres son menos sensibles al infortunio ageno que á los individuos: las violencias ejecutadas en Argel y en China, han sido leídas en los periódicos y olvidadas: las naciones, si no lo demandan sus grandes intereses, no alzan cruzadas para favorecer á los agredidos. Recuerdo con este motivo un documento ofi-

cial, que por casualidad llegó á mi conocimiento hace muy pocos dias: el ministro Guizot, desde 1846, anunció á un empleado de México en Paris, punto por punto, los limites que pretendia el gobierno de los Estados-Unidos señalar entre aquella nacion y la nuestra, y son precisamente los mismos demandados en el tratado que nos ocupa: el Sr. Guizot sabia, por consiguiente, el proyecto del gabinete americano.

A lo segundo, expondré: que si la guerra continúa, los gastos procurará el enemigo sacarlos del país ocupado y reducir los suyos al mínimun posible.

A lo tercero, manifestaré: que el partido que se declaró por la paz en los Estados-Unidos, obró como todo partido: allá como aquí, los partidos apróvechan las circunstancias para realizar sus miras, pero allá (no como aquí) los partidos ceden á la conveniencia y á la ley. Hace pocos años que, el gobierno que nos ha invadido, se paró frente á frente de la Francia é hizo ceder á su rey en el pago de veinticinco millones de francos que demandaban los Estados-Unidos; posteriormente arrojó el guante á la Inglaterra en la cuestion sobre el Oregon, y la gran Bretaña no se apresuró á alzarlo. Abierta la campaña con México, el porvenir de la república vecina quizá se cifra en su triunfo. ¿Qué diria la Europa de una nacion que ya le impone, y que no tardará en amenazarla, si fuera vencida por otra que, á juicio de los mismos agresores, vale poco? Sobre este punto, el sentimiento de todos los americanos debe ser uniforme; y en confirmacion de este juicio haré saber al Senado que el honorable Sr. Belton que conocí, no recuerdo si en Nueva-York ó Filadelfia, senador de aquella república, en 842 ó 43, pronunció un discurso, defendiendo con ardor nuestra causa, pues ese mismo personaje vino empleado en el ejército invasor, sin faltar por eso, ni á sus principios, ni á su honor, porque el deber debe sobreponerse á la opinion. El Sr. coronel Carlos Smith, alojado en mi casa de Méjico, es un caballero justo y que simpatiza con nosotros, sin que esta afeccion impida en nada el cumplimiento de las obligaciones que le impone su estado.

A lo cuarto, notaré: que el ilustre Clay, si opta á la presidencia de su nacion, tendrá que someter sus inclinaciones y

aun sus afectos á las emergencias de la política: es inocencia el figurarse que los hombres de Estado se dirijan por personales simpatías.

A lo último, diré: que el marasmo en que cae una nacion, es el efecto de numerosas causas que la han trabajado por largo tiempo, y que el salir de ese estado es obra lenta y dilatada: los males de la guerra son próximos é inminentes; el remedio de un alzamiento enérgico, aun cuando fuera posible, seria moroso y tardío: esa esperanza infundada no debe entrar en nuestra cuenta.

Contestadas las primeras reflexiones en apoyo de la guerra, paso á considerar muy someramente, los males inmediatos que produciria un rompimiento.

El convenio, ó tratado que nos ocupa es, a mi juicio, una intimacion ó un ultimatum; ¿pero qué otra cosa han sido siempre los pactos celebrados entre el vencedor y el vencido? El que triunfa impone la voluntad con la punta de su espada; y Ciro, Alejandro y Tamerlan no hicieron otra cosa: en tiempo de aquellos conquistadores, los tratados se reducian á una disposicion del vencedor ejecutada por sus satélites; hoy, con hipocresía formulada, esas órdenes se escriben, se archivan, y se llaman tratados, que subsisten mientras dura la uefrza que les dió sér; esta accion y reaccion son las que han seguido constantemente al mundo. Los antiguos quebrantaban sus pactos verbales; los modernos infringen sus tratados escritos. Desde Luis XIV á nuestros dias, se han celebrado en Europa mil convenios: ¿cuál permanece? pregunto; todos han sido rotos; y si algunos han revivido, su vida ha durado lo que el poder del mantenedor; así hemos encontrado á la sociedad, así la dejaremos: véamos sólo cuál de los dos miembros del dilema que se nos propone es menos funesto.

¿Qué produciria la desaprobacion de ese ultimatum que tenemos sobre la mesa? La guerra indefectible; es decir, la ocupacion inmediata de las seis ó siete capitales que nos quedan; la imposicion de nuevas y fuertes contribuciones exigidas con el rigor del que domina; la destruccion de los edificios que habitara la soldadesca; la inseguridad y aun aja-

miento de los vecinos de las ciudades ocupadas; la desmoralizacion hasta el último grado de lo mas selecto de nuestras ciudades; la corrupcion de nuestra juventud; el predominio, en fin, de un ejército sin freno, y cuya conducta salvaje en los puntos que han estado sometidos á su poder, no habria sido mas que un prelude imperfecto de su porte sucesivo.

Lo que pasaria en el resto del país ocupado, no seria menos horroroso: pueblos saqueados por bandidos llamados guerrilleros; campos talados por partidas ambulantes, que á son de patriotismo se permitirian toda suerte de excesos; el robo, el incendio, el asesinato y todos los crímenes de una irrupcion vandálica y desenfrenada, serian las consecuencias del alzamiento que se desea: no hay que arrullarse con ilusiones; la generacion de hoy no es la inocente y morigerada de 1810; y si ésta, sin embargo de sus buenas costumbres, algun tiempo despues de la insurreccion se pervirtió, ¿qué podemos esperar de las masas ya contagiadas?

Pero suponiendo, aunque no es muy factible, que esa conflagracion general nos diera el triunfo, ¿qué ganábamos? ¿Lanzariamos por eso á nuestros enemigos del Rio Bravo hácia la Luisiana, ó de Nuevo México hácia el Missouri? Lejos de este lugar las alucinaciones: aquellos terrenos los perdimos sin remedio, y ese hecho es consumado: de consiguiente, lo mas que lograríamos en la gratuita hipótesis, seria reconquistar lo que el tratado nos deja: y yo pregunto, ¿seria cordura resignarse á millares de sufrimientos, arrostrar multitud de peligros, y exponerse á una ruina inmensa por recobrar lo que fácilmente podemos seguir poseyendo?

El tamaño de los sacrificios debe proporcionarse á la magnitud de los designios: el incendio de Moscow, quitando á Napoleon sus cuarteles de invierno y lanzándolo á los desiertos en que debia su ejército ser aniquilado por los hielos de la estacion, fué un sacrificio inmenso, pero fructuoso: el gran resultado que produjo la accion del gobernador Rostopchin, la canonizó: sin él esa accion se juzgaria como el arrebatto de un frenético. La destruccion de las naves que condujeron á las playas de Veracruz á Cortés, seria reputada, sin la conquista de México, que fué la consecuencia, como la mayor

insensatez. El Ministro de Relaciones, respondiendo á la interpelacion que le hice, acaba de revelarnos que el enemigo conoce é influye sobre uno de nuestros poderosos elementos de desórden, y que podria convertirlo en nuestro daño; siendo esto así y teniendo al invasor en el corazon de nuestra República, pronto á obrar en caso de repulsa, ¿procederemos con juicio obstinándonos contra la imperiosa y terrible necesidad? Nosotros que preveemos los males extremos que nos amagan, ¿seremos tan irreflexivos que los provoquemos? ¿Llega nuestra autoridad hasta poder enviar al sacrificio inútilmente á multitud de familias, á millares de inocentes? Yo suplico á la asamblea augusta que me honra escuchándome, que medite bien esta última pregunta.

He discurrido ligeramente sobre las funestas consecuencias que nos traeria la prosecucion de la guerra; pero de esto no se infiera que considero la paz como un bien absoluto: en nuestra difícil situacion nada favorable debemos aguardar: sin embargo, acepto la paz como un bien relativo, y la acepto porque ella puede convertirse en beneficio si sabemos utilizarla: la paz es una tregua, es un receso temporal de nuestros graves infortunios: aprovechemos ese ligero bien con que nos brinda la fortuna: pero esa grande obra, ¡senadores! en gran parte depende de nosotros. Una de nuestras desventajas es la posicion topográfica que nuestra República ocupa en el continente; vecinos de un pueblo emprendedor y activo, habitante de las tierras glaciales de nuestro Norte; propenso como sus padres á emigrar á mejores climas, perpetuamente estaremos amenazados de sus irrupciones si no nos apresuramos á poner diques á ese torrente. Las emigraciones perpetua y constantemente han sucedido del Norte al Sur de los continentes, y esta regla comprende á los hombres, á los brutos y aun á las plantas; los tártaros se derramaron sobre la China; los escitas sobre la Italia y la España, y los escandinavos sobre las islas británicas: los americanos del Norte se extenderán hasta el Istmo de Panamá si no se les cierra el camino.

Afortunadamente hay un remedio á que apelar, un arbitrio de que echar mano, que ha sido el pensamiento dominante de

mi vida politica; pero que aun indicarlo chocaba con las preocupaciones reinantes. Voy á pregonar esa idea en la tribuna nacional; idea que nace de mis profundas convicciones, y que para publicarla no me apoyo en la inviolabilidad que se me concede como representante de la nacion; con tener lengua me bastaria.

La manera de evitar las irrupciones de nuestros vecinos, es abrir franca y lealmente nuestras puertas á ellos y á la emigracion europea; invitarlos á que vengan á establecerse en nuestras deliciosas tierras; garantizarles su vida, sus propiedades y cuantos goces espera el hombre de la sociedad; asegurarles la amplia proteccion de la ley y de la benevolencia del gobierno; presentarles el tipo de una nacionalidad que debemos conservar á todo trance; hacer que la adopten hablando nuestro bello idioma, aviniéndose á nuestras costumbres, contrayendo nuestros hábitos, mezclándose con nuestras familias, asimilándosenos, en fin, y formando con nosotros un cuerpo de nacion: de ese modo, á vuelta de algunas generaciones, desapareceria la heterogeneidad de nuestra poblacion, que fuerte, numerosa y regenerada, seria un firme valladar contra las empresas de nuestros enemigos. Los Estados Unidos se han engrandecido por este medio; pongámonos á su nivel, y el equilibrio se establecerá.

Respecto de nuestro régimen interior, hay medidas urgentes que tomar. Importa purificar nuestras leyes de sus anomalías y hacerlas cumplir estrictamente. Es de toda necesidad disminuir el excesivo número de empleados que devoran la sustancia de los pueblos; corregir severamente sus escandalosos latrocinios; reprimir la procacidad de la fuerza armada cuando intente perturbar el órden público; organizar de nuevo el ejército que fuera absolutamente necesario, formándolo no de la escoria que lo envileció; jamás ocurrir en las necesidades públicas á esos usureros infames, vampiros de la sangre de la nacion; y por último, castigar con el mayor rigor á todo innovador que con el título de pronunciamiento ataque las leyes existentes ó la paz pública: hecho esto, la nacion se moraliza.

Y si para llevar á cabo estos salvadores designios, el go-

bierno no tuviere de pronto un apoyo, porque los ciudadanos dudan y con razon del cumplimiento de lo que se promete, contrátese por tiempo limitado una fuerza extranjera, que quedará de proletaria terminado su compromiso.

Yo me complazco de que el ciudadano elegido por los pueblos para presidir y encaminar hácia el bien los destinos de la nación, haya sido testigo, como individuo del senado, de este importante debate. En la discusion, su señoría habrá tenido la oportunidad de pesar las opiniones, de comprender el estado actual de la cosa pública; y sabrá obrar en consecuencia: me doy la euhorabuena por tan feliz casualidad.

Graves y difíciles son las obligaciones que lleva sobre sí el futuro Presidente, y para cumplirlas tiene que emprender una reforma radical: el intentarlo es su deber, el conseguirlo depende de la eventualidad; si lo logra, su nombre será ilustre para siempre; en el caso contrario podrá decir con razon: he hecho lo que debia; si la fortuna me fué esquivá, no es mi culpa; procuré asemejarme al varon recto que describe Horacio, y apoyado en el testimonio de mi conciencia, *veria sin susto caer sobre mi cabeza los escombros del mundo arruinado. Si fractus ilabatur orbis, impavidum ferient ruinae.*

CAPITULO XXVIII.

APUNTES BIOGRÁFICOS

DE FRAY MANUEL DE SAN JUAN CRISÓSTOMO.
RELIGIOSO CARMELITA
DE LA PROVINCIA MEXICANA DE SAN ALBERTO.

Nació en la ciudad de México el 19 de Mayo de 1803. Su padre D. José Ignacio Nájera estaba emparentado con familias de la primera nobleza en la sociedad. El hijo mostró desde temprano ingenio vivaz y gran deseo de saber, unido á fervientes sentimientos de piedad. Mozo de 15 años, estudiando gramática latina en el colegio de San Ildefonso, desapareció un dia sin que su familia ni sus condiscípulos supieran de pronto su destino. * Habia ido á tomar el hábito de carmelita, en cuyo instituto profesó el 10 de Junio de 1819. Siguió en el claustro con aplicacion y fruto los estudios que prescribian las reglas; y luego que fué sacerdote, empezó la órden á aprovechar sus talentos, presentándolo en las ocasiones de lucimiento. Entre tanto, adelantaba en saber y virtud, em-

* Véase el fin de la biografía.